

TOURISM AND ENVIRONMENT

A necessary contradiction?

ALFREDO CÉSAR DACHARY
B. Universidad Autónoma de Puebla
STELLA MARIS ARNAIZ BURNE
Universidad de las Américas

RÉSUMÉ

Un des facteurs qui fait que les écosystèmes des côtes soient importants c'est leur situation: ce sont des régions de transition entre la côte et la mer et c'est justement là que l'infrastructure et les opérations de l'industrie touristique sont implantées. La majorité des côtes de la Caraïbe sont fragiles, jeunes comportant la présence d'une grande barrière de récifs. Ce travail fait une analyse détaillée de quelques implications du complexe rapport entre le tourisme et l'environnement; plus particulièrement, il les touche dans deux dimensions: la discussion théorique (y comprises des interprétations allant de T. Beef jusqu'à McElroy et Albuquerque) et l'illustration par des exemples de quelques effets de la détérioration qu'a subi la côte orientale de la région dans les dernières décennies.

SAMENVATTING

Dit werk analyseert de ingewikkelde relatie tussen toerisme en de ecologische problematiek, vooral zich baserend op de situatie van het westers continentaal Caraïbisch gebied, waar de ecosystemen van de kust zeer delikaat zijn. Zowel de theoretische discussie (rond de werken vanaf T. Beef tot en met die van Mc Elroy en Albuquerque) als feiten over de verslechtering van het ecosysteem in deze regio worden behandeld.

TURISMO Y MEDIO AMBIENTE

¿Una contradicción insalvable?

ALFREDO CÉSAR DACHARY

B. Universidad Autónoma de Puebla

STELLA MARIS ARNAIZ BURNE

Universidad de las Américas

RESUMEN

Uno de los factores que les confieren importancia a los ecosistemas costeros deriva de que son regiones en transición entre la costa y el mar, que es la zona donde se asienta la infraestructura y la operación de la industria turística. En su mayoría, las costas del Caribe continental son frágiles, jóvenes, con una gran barrera arrecifal. Este trabajo analiza en detalle algunas de las implicaciones de la compleja relación entre turismo y medio ambiente; en particular, las aborda en dos dimensiones: la discusión teórica (en la cual incluye interpretaciones que van desde T. Beef hasta McElroy y Albuquerque) y la ejemplificación de algunos efectos del deterioro que en las últimas décadas ha sufrido la costa continental de la región.

ABSTRACT

One of the reasons that understanding coastal ecosystems has become so vital is that these regions of transition between the coast and the sea are where the infrastructure and operation of the tourist industry take a heavy toll. Continental Caribbean coasts are mostly fragile and young, possessing major barrier reefs. This article analyzes in detail some of the implications of the complex relationship between tourism and the environment. It examines theoretical arguments from T. Beef to McElroy and Albuquerque, as well as examples of the deteriorating effects that the past few decades have had on coastal regions.

En la cuenca del Caribe se ha consolidado uno de los mayores desarrollos turísticos de masas del planeta, lo que ha permitido a esta compleja industria transformarse, en sólo tres décadas, en la primera actividad económica del mundo.¹

El turismo es, como se sabe, una industria muy compleja, cuyos principales insumos los constituyen escenarios naturales atrayentes y climas benignos; en más de un sentido, podría sostenerse que la naturaleza es la materia prima fundamental en esta actividad tan variada y en ocasiones tan exitosa.

Pero la emergencia del problema de los impactos ambientales derivado del turismo se da cuando éste desarrolla una dinámica que implica grandes movimientos de personas en lugares fijos por periodos determinados. Esto se dio recientemente en la década de los sesenta, cuando inició el florecimiento del llamado turismo de masas.²

AMBIENTE Y TURISMO: UNA COMPLEJA RELACIÓN

Entre los antecedentes teóricos que constituyen la base de la definición del problema que genera la relación compleja entre el turismo y el medio ambiente, destacan por su visión precursora los estudios realizados por T. Beed (1961), y que sintetizan una amplia reflexión sobre el turismo de masas en uno de los paraísos redescubiertos luego del final de la Segunda Guerra Mundial, la isla de Tahití.

La crítica de Beed se opone a la visión de los estudios de Dower (1974) y los de Waters, quienes creían que un turismo en zonas vírgenes serviría para promover la creación de reservas o la restauración de sitios históricos, reflexiones que se basaban en experiencias de un turismo de baja intensidad.

Entre los que analizan más profundamente los impactos del turismo sobre los ecosistemas que lo alojan, figuran los trabajos de Goldsmith (1974) y los de Tangi (1977), fundado este último en la experiencia sobre el Mediterráneo europeo. Ambos coincidían en

¹ *El Financiero*, México, D. F., 15 de julio de 1995.

² Se considera turismo de masas, por el contrario a turismo selectivo, al fenómeno de flujos de visitantes que arriban a áreas donde la capacidad hotelera supera los 4 000 cuartos de hotel, lo que implica una profunda dependencia de éstos hacia la infraestructura de transporte —básicamente aérea, ya que el sistema de cruceros genera movimientos masivos, mas no un turismo de masas.

que el turismo de masas generaba grandes impactos a partir de la basura, sobredensidad de población, ruidos y otros problemas que directamente se reflejaban en la pérdida de vegetación y fauna en diferentes magnitudes.

Para G. Budowsky (1976), en su trabajo sobre el conflicto entre el turismo y la conservación, se dan tres diferentes tipos de relación general entre las actividades turísticas y la conservación del medio ambiente. El primero es una relación no conflictiva que coincide con la etapa del descubrimiento de un destino que trae un flujo de visitantes de baja intensidad; el segundo es una relación constructiva que promueve la conservación: son las acciones del periodo de consolidación del destino; y el tercero, una relación de conflicto, cuando estalla el éxito del destino en un turismo de masas.

En los setenta, el Mediterráneo, primera gran área dedicada al turismo de masas intraeuropeo, comenzó a presentar los impactos del mismo y de otras actividades económicas, lo que llevó a que la comisión parlamentaria francesa dedicada a evaluar los problemas en ese mar, dictaminara en 1975 la existencia de un serio conflicto ambiental.

Tres años después, Vadrot (1978) sintetizó estos problemas en un libro en el que describe los principales actores y actividades en la destrucción del Mediterráneo, una experiencia fundamental para poder prevenir los problemas en la cuenca del Caribe. Los estudios de Cohen (1974) y de De Kadt (1979), el primero referido específicamente a los impactos ambientales y el segundo centrado más en los impactos socioeconómicos, profundizan las primeras visiones sobre este complejo tema.

La afectación de los ecosistemas por actividades turísticas, como conflicto de intereses, empezó a ser objeto de estudios a profundidad, como los de Woodland y Hooper (1977), que atendieron el impacto del turismo sobre los corales, que son las áreas más afectadas por el turismo de buceo o la navegación intensiva sobre áreas de gran fragilidad. Liddle (1975) estudió la afectación de la actividad turística sobre las dunas costeras, en la región donde se asientan los grandes edificios y los servicios. Se trata de un área muy frágil, sujeta a un uso intensivo que incluye la sobreedificación, la alta densidad de carga y la cementación de sus bordes en las costas, todas estas afectaciones que terminan emergiendo como problemas de consideración cuando se dan los grandes ciclones, como fue el caso del *Gilberto* en 1988, que azotó Cancún y otros destinos turísticos.

Entre los estudios metodológicos orientados al análisis de los impactos, hoy conocidos como las manifestaciones de impacto ambiental, destaca el de Wall y Wright (1977), quienes plantean tres tipos de técnicas-estudios. La primera es el análisis posterior a los hechos, o sea, el desarrollo de la zona turística; se trata de evaluar el impacto *ex-post*, generalmente utilizado para evaluar proyectos no planificados de turismo, como ha sido el caso de Isla Mujeres en México y de San Pedro en Belice.

El segundo es el monitoreo de los cambios a lo largo del tiempo, es decir, el análisis en forma continua de los hechos, que es lo más recomendable y lo que hoy se plantea como una política de control en los países con un sistema de turismo más planificado.

El tercero es el que se realiza antes del desarrollo turístico, que puede ser el tradicional estudio reconocido como manifestación de impacto ambiental o estudio de impacto ambiental, según sea visto desde la perspectiva oficial o desde la academia, y que intenta plantear los problemas y sus alternativas antes de la transformación, por vía de la simulación del impacto o de los estudios comparados con experiencias parecidas en ecosistemas similares (Wall y Wright, 1977).

El libro de Pearce (1988), un clásico en las escuelas de turismo, mantiene la línea de convivencia entre el ambiente y el turismo e incluso postula que éste puede ayudar a proteger el ambiente. Con él desaparecen los utópicos del impacto ambiental en la bibliografía sobre el tema.

Las diferentes posiciones en el seno de las ciencias sociales primero, y de las ambientales luego, encabezadas por los biólogos y ecólogos, continuaron en toda la década de los setenta y en parte de los ochenta, y desde nuestra perspectiva se prolongan en el trabajo clásico de Mathieson y Wall (1977), el cual divide los efectos según se den en los ecosistemas o en las sociedades, o sea, manteniendo la visión parcialista de los impactos, situación que hoy ha sido superada por una visión integral de los mismos.

Los trabajos de Sejenovich, junto a los de Villamil (1983) y los de Arana (1983), forman parte de un grupo emergente de latinoamericanos que analizan también los impactos del turismo, principalmente en las zonas del Caribe insular y de las costas de América del Sur. Su visión es integral ya que ubican estos problemas en la perspectiva general del desarrollo regional.

En esta década, el trabajo de McElroy y Albuquerque (1991) analiza

esta problemática a partir de la teoría general sobre el turismo denominada modelo del destino del ciclo de vida, misma que aplicada al Caribe insular deriva en tres estilos básicos de desarrollo turístico: de bajo impacto, de alto impacto y con características de ambos extremos.

DESARROLLO TURÍSTICO E IMPACTO AMBIENTAL

Como hemos establecido al principio, el turismo es una compleja e importante actividad económica que depende, más que de ningún otro elemento, del medio ambiente; pero considerado éste en una perspectiva amplia, puesto que abarca la biosfera, los ecosistemas que la componen y los elementos introducidos en ella por la mano del hombre (OMT-PNUMA, 1983). Esta definición amplia nos lleva a clasificar los impactos que genera el turismo sobre el medio ambiente en tres grupos: físicos, biológicos y socioeconómicos.

La relación del turismo y el medio ambiente oculta tras de sí la interacción dinámica entre el hombre, sujeto que transforma, y la naturaleza, objeto de la transformación, no siempre favorable a los designios del hombre; en las zonas costeras, en el punto de interacción entre el mar y el continente, la fuerza de la naturaleza puede ser alterada, aunque ésta es susceptible de retomar sus espacios a un plazo medio a través de algunas fuerzas equilibradoras como son los huracanes y las grandes marejadas, que generan daños ante un ecosistema desequilibrado e incapacitado para afrontar estos fenómenos.

Esta contradicción, a su vez, deriva en una ecuación que es central en los estudios de factibilidad de un proyecto de desarrollo, especialmente en el área turística, que es la que nos ofrece la "capacidad de recepción", entendida ésta en su doble aspecto:

a) La que deriva del manejo óptimo del turismo, o sea, la densidad deseada para que una zona de turismo de determinada especificación opere con sus mejores posibilidades. Ésta es la visión basada más en la mercadotecnia que en la naturaleza.

b) El segundo aspecto es el que deriva del umbral o límite de esta actividad con referencia a los ecosistemas que afecta. Esto significa determinar hasta qué momento la actividad empieza a generar daños irreversibles al entorno, lo cual afecta al mismo y a su vez repercute en la relación histórica hombre-naturaleza expresada en la síntesis cultural de cada pueblo o región.

Al tomar en consideración los territorios o espacios afectados, podemos afirmar que estos problemas pueden ser estrictamente de un país o internacionales, como son las afectaciones al mar o en zonas de frontera. Sin embargo, al final todo está relacionado en ese complejo sistema denominado naturaleza, de manera tal que los impactos, hoy nacionales, se transforman en el mediano o largo plazo en internacionales, lo cual es más agudo en las cuencas como la del Caribe.

Esto nos lleva a reflexionar sobre la contradicción que vivimos frente a una globalización de los problemas ambientales y una falta de políticas internacionales efectivas para enfrentarlos, donde priva una visión ya obsoleta de las soberanías nacionales, asociadas a la ya discutible propiedad privada absoluta (César Dachary y Arnaiz Burne, 1994).

Los impactos del turismo sobre el medio ambiente son amplios, como lo es la propia actividad, pues ésta no se limita a los hoteles, sino que es mucho más compleja y rebasa los límites de éstos para afectar globalmente a las sociedades, ya que en nuestra región dicha actividad se caracteriza por tener un efecto locomotora en las economías isleñas.

El Caribe y su cuenca han sufrido, en estas últimas décadas, una serie de profundos impactos que potencian a los propios que genera el turismo. Para un análisis de los mismos, un punto de partida ha sido el programa de diagnóstico que se realizó a través de la CEPAL, dentro de un Programa de Estudios de Mares Regionales, y que se conoció como el Estudio del Gran Caribe (UNEP/ECLAC, 1984). Asimismo, en una reunión de expertos convocada por la UNESCO, en combinación con la FAO y el PNUMA, se obtuvo un importante documento (COI/UNESCO, 1987), que ha resultado ser un referente obligado para posteriores evaluaciones y análisis.

Comenzaremos por mencionar los problemas más acuciantes en la zona marítima, y que son los que se derivan de la contaminación del petróleo, ya sea la producida en la región o fuera de ésta, lo cual incide en lo general sobre el ecosistema marino y en lo particular sobre las actividades turísticas.

Las zonas más afectadas por los agregados de alquitrán son las playas de la zona de barlovento, expuestas a los impactos de corrientes y vientos. Así tenemos reportes sobre las islas de Barbados, Granada y Santa Lucía, en el arco de las Antillas, que —según estudios actuales— provienen del Atlántico norte (Corredor, 1992).

Para la zona occidental de la cuenca, las costas de Belice en menor medida y las de México en mayor, el impacto de la contaminación del petróleo es ya significativo, por su doble afectación (a las playas y lagunas costeras y a la acción sobre la barrera arrecifal). Éstos son originados por los lavados de buques tanques en el oriente del Caribe y que son trasladados a esta región por la corriente que, junto al continente, viene de sur a norte. Los impactos van más allá de las costas, para afectar a especies en peligro de extinción, como las tortugas marinas.

Pero además de estos derrames intermitentes, están los grandes derrames de petróleo que amenazan importantes zonas turísticas, como es el caso que ocurrió en el primer semestre de 1994 en las costas de Puerto Rico, cuando una barcaza que contenía 5.7 millones de litros de petróleo encalló en plena zona turística. El derrame fue controlado luego de varios días de salida intermitente del petróleo, y las autoridades dedicaron varios meses de arduo trabajo para limpiar y reacondicionar la zona turística.³

A finales de 1993 una situación similar se dio frente a la isla Contoy, México, en la zona Caribe-Golfo, a causa del derrame de un barco que transportaba gasolina y que encalló en la proximidad de la reserva insular de pájaros. Se estima que el mismo pudo haber afectado a la zona de los bancos de camarón cercanos a la ínsula.

Junto al petróleo están los peligros de la basura y los desechos marinos, y dentro de estos últimos los desechos plásticos sembrados en las playas, los cuales afectan a las zonas turísticas, aunque en mayor medida a los propios ecosistemas costeros.

Asimismo, destaca por sus efectos el alto nivel de tráfico marítimo turístico, derivado del denominado turismo de cruceros, que genera grandes volúmenes de contaminantes en las bahías que lo reciben, en los arrecifes que impactan con sus anclados y en los fondos donde se asientan sus desperdicios y basura, los cuales luego se expanden en grandes áreas donde llegan a afectar también a los ecosistemas costeros.

El Caribe captura 25% del tráfico mundial de cruceros, que se puede estimar, sólo para el Caribe mexicano, en 500 arribos al año (*Informe de los servicios...*, 1992). Los vertimientos marinos que generan los cruceros son de diferentes tipos: aguas jabonosas; aguas negras; aguas de cocina y de servicio, con desechos orgánicos y compuestos

³ *El Financiero*, México, D. F., 7 de enero de 1994.

químicos caseros y detergentes; aguas de sentina, con residuos de combustibles, aceites y metales pesados; aguas de lastre, que arrastran óxido del casco; basura, que se calcula entre 30 y 40 toneladas por cada 500 pasajeros, o sea, una media de 80 kilogramos por pasajero, de la cual 65% es orgánica.

Los cruceros consumen diariamente 350 litros de agua que se transforman en aguas de desecho. Por cada cabina con dos pasajeros, siendo barcos nuevos de más de 500 cabinas, tendríamos una media diaria de 175 000 litros diarios de agua, que se transforman en desechos con diferentes tipos de contaminantes.⁴

El problema se agrava ante la necesidad de agua de estos barcos y los limitados acuíferos de las islas y las zonas costeras, los cuales en algunos casos deben ser explotados al máximo para alimentar a estos sedientos monstruos marinos modernos.

El mar también es impactado desde tierra por los compuestos organocloridados, básicamente derivados de los plaguicidas que hoy forman parte de la agricultura regional y mundial. Estos compuestos son muy tóxicos y difíciles de disolver, puesto que son poco solubles en agua. Las áreas de plantación bananera que están en las zonas costeras del continente, desde Belice hasta Panamá, son focos de contaminación de freáticas y ríos, y a través de ellos se contamina el mar, el cual devuelve en los productos por consumir parte de estos tóxicos, que terminan en nuestras casas.

En 1992, en el sur de Belice, área de plantación de banano, se dio una extraña pero masiva mortandad de peces, que dio la alarma sobre los químicos utilizados por esta agroindustria, que dominó por más de medio siglo esta región, conocida despectivamente como la de las repúblicas bananeras.

Otras veces se dan casos de experimentación, como la realizada en la zona de San Pedro Sula, en Honduras, específicamente en el poblado de Villanueva Cortés, cuando helicópteros de las bases de los Estados Unidos rociaron en horarios nocturnos con lo que se conoce como la "lluvia amarilla", con graves efectos hacia la población; según reportaron los estudios del Colegio Médico de Honduras, estos contaminantes también llegaron al mar (Hedstrom, 1989).

Por otro lado, las descargas orgánicas y eutroficación afectan gra-

⁴ *Idem.*

vemente a la región caribeña; los ejemplos más notorios son las bahías de Kingston, Jamaica, la de La Habana y la de Cartagena. Estas tres áreas están muy contaminadas con materias fecales, como ocurre en las zonas costeras de las islas de Trinidad, Barbados y St. Croix en las Islas Vírgenes, ante la carencia de infraestructura adecuada (Corredor, 1992). Este tipo de contaminación afecta directamente al turista y a todos los que practican deportes acuáticos, además de que estas bacterias patógenas se alojan en los mariscos que forman parte de la dieta de pobladores locales y turistas.

Pero quizás la zona más frágil de los ecosistemas marinos sean sus costas, tanto las zonas lagunarias como las barreras de arrecifales que desempeñan un papel fundamental en la dinámica de tales ecosistemas. La importancia de los ecosistemas costeros deriva de que son regiones de transición entre la costa y el mar, regiones donde se asienta mayoritariamente la infraestructura y la operación de la industria turística. Es ahí donde suele existir una situación de conflicto de intereses entre los empresarios turísticos y otros tipos de productores, siendo los afectados tanto unos como otros.

El impacto del turismo por el manejo sin precaución de zonas costeras —el perjuicio de manglares y lagunas interiores— afecta a los pescadores en forma directa y al resto de la sociedad de manera indirecta. A su vez, la sobrepesca de las zonas costeras afecta al turismo deportivo tanto de pescadores como de buceadores y, en general, a todo ecosistema, con lo que se genera nuevamente un conflicto de intereses.

En las islas de la bahía, en el Caribe occidental, frente a Honduras, donde se encuentra el famoso y exclusivo polo turístico de Roatán, se tiene un claro ejemplo de impacto del turismo sobre los sistemas costeros y la afectación a otras actividades económicas como la pesca. El arrecife, que es uno de los atractivos turísticos, es a la vez la zona de captura de langosta y camarón, base de la principal actividad no turística de las islas. Éste está siendo seriamente afectado por una sedimentación que se da en el área, derivada del uso intensivo de los suelos costeros y un mal manejo turístico de la zona, basado en una sobredensidad de buceadores (Foer y Olsen eds., 1992). Estas afectaciones costeras son ya comunes a lo largo de la cuenca, que tiene una gran riqueza en sus ecosistemas.

En el Caribe continental, una de las grandes reservas que por lo común externan los especialistas en cuanto a la expansión de la

industria turística —como principales problemas o impactos ambientales que amenazan la zona costera—, son:

a) Exterminio sistemático del manglar para usos diversos y recuperación de costas para el turismo.

b) Contaminación por desechos sólidos, aguas servidas, aguas negras, químicos, entre otros elementos, en los ríos, en sus desembocaduras, en esteros, manglares y playas.

c) Mínima infraestructura para el desarrollo turístico, lo que agrava los impactos.

d) Impacto en las comunidades costeras; transmutación de su cultura y paisaje ante el avance del turismo y la tentativa de ocupación masiva de las costas.

e) Extracción y destrucción de coral, por buceo sin control y venta de artesanías dirigidas al turismo.

f) Escasez de agua potable y sobreexplotación de pozos, lo que ocasiona la intrusión salina, como ha ocurrido en San Pedro, Belice.

g) Extracción de maderas finas para la construcción, lo que afecta a las playas.

En 1987 los pescadores de la costa sudoriental de Puerto Rico informaron acerca de un cambio de colores en los arrecifes, a lo cual en un principio no se le dio mayor importancia, por considerar que era un caso típico de blanqueo. Cuando se comenzó a estudiar el fenómeno y se observó que abarcaba todos los arrecifes del mar Caribe y de todas las zonas tropicales del mundo, se aceptó un caso de contaminación general (Webe, 1993).

La urgente necesidad de cuidar los arrecifes se debe a que éstos son los ecosistemas con mayor biodiversidad, además de ser uno de los soportes básicos de la vida planetaria. El uso intensivo de ellos por parte de los buceadores, su destrucción por los anclajes, su ruptura por la creación de marinas y su muerte por sobretráfico y sus consecuencias (las lluvias de arena), son originados por el turismo, aunque sea éste una de las causas fundamentales para la exposición de la belleza escénica. Gracias a éstos hay playas de arenas finas con aguas azul turquesa, lo que es la base de la magia del Caribe.

El conjunto de las actividades descritas que acompañan al turismo, compite hasta desplazar a la pesca de las zonas costeras, con lo cual la industria turística va controlando masivamente la vida económica regional y va absorbiendo a los pobladores para sus cometidos.

Los impactos en las zonas de tierra por la basura y los procesos de

deforestación, además de los que proceden del cambio en el uso del suelo, son la contraparte de los problemas marinos, ya que todos terminan en el mar Caribe. Pero los problemas de basura, emisiones de gases, contaminación de aguas interiores, y otras, se derivan en forma fundamental de la revolución en el uso del suelo que generó el turismo. Este cambio radical se da a partir de una sobredensidad de población, principalmente en las islas más pequeñas, que es donde ese equilibrio poblacional se altera gravemente.

En su mayor parte, las costas del Caribe continental son ecosistemas muy frágiles, jóvenes, con una gran barrera arrecifal, que es una demostración de la formación de los mismos. De ahí que las zonas de desarrollo del turismo sean mucho más frágiles que las propias islas, porque en la mayoría de los casos la zona de edificación ocupa dunas costeras que tienen al frente la laguna arrecifal y hacia atrás el manglar, y que al crecer hacia alguno de estos lados, provocan grandes afectaciones a la dinámica de los ecosistemas costeros.

Así, los ecosistemas costeros del Caribe occidental son mucho más frágiles que los de las Antillas Menores y Mayores, lo cual se puede apreciar, en especial, a través de los grandes impactos que ha generado el desarrollo del turismo en la zona mexicana de Cancún-Tulum. En el caso de Cancún, la pérdida de la laguna Bojórquez y la crisis del sistema lagunario de Nichupté son una expresión de la crisis que generó el intenso sobrepoblamiento de la reducida franja costera de la isla de Cancún, lo cual parece repetirse en el caso de Morelos (Ibarra y Oteros, 1991).

En general, diremos que los impactos del turismo en las zonas de la cuenca, mayoritariamente en las áreas costeras, son muy significativos, ya que de ellos derivan afectaciones al ecosistema marino y, a su vez, reciben otros impactos derivados de la actividad de navegación y transporte en la región y en su periferia.

Así llegamos a la primera síntesis que nos ofrece la nueva realidad del turismo de la región, combinada con nuevas explotaciones (desde las maquiladoras hasta los servicios), que nos muestran un nuevo mapa socioeconómico de la región. El turismo forma parte de un proceso de transnacionalización de la economía capitalista, crecientemente organizada como un sistema homogéneo y global, que tiene importantes implicaciones para los países receptores del turismo de masas (Villamil, 1983). Ello se expresa en que los modelos de vida que propicia el turismo son una copia del denominado modo de vida norteamericano, que implica grandes hoteles de cadenas internacio-

nalmente conocidas, así como similares entretenimientos, comidas y diversiones, que le otorgan al visitante la sensación de estar en un lugar bello, pero con su propio confort o medidas de consumo.⁵

El breve panorama trazado nos resulta imprescindible para apreciar los que consideramos esenciales problemas de impacto del turismo en la región, mismos que se derivan, como hemos visto, de la acción de modelos económicos intensivos que no se adecuan a los ecosistemas sobre los que se asientan. La contraparte de tal inadecuación, en tanto, radica en que los gobiernos de los países de aplicación no poseen infraestructura legal o fuerza política para poder encauzar racionalmente esa dinámica, además de que ésta viene a resolver, en el mediano plazo, los grandes problemas de desocupación y pobreza que han dominado la región en las últimas décadas.

Desde una perspectiva integral, el modelo de desarrollo turístico en el Caribe que hemos analizado aquí, ha sido básicamente depredador y en lo básico ha estado opuesto a la concepción sustentable del desarrollo.

ALFREDO CÉSAR DACHARY

STELLA MARIS ARNAIZ BURNE

E-mail: adachary@udlaprms.pue.udlap.mx

BIBLIOGRAFÍA

Arana, Mariano *et al.*

1983 *Medio ambiente y turismo*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Clacso-CIFCA.

Beed, T.

1961 "Tahiti's: recent tourist development", *Geography*, núm. 46.

Budowsky, G.

1976 "Tourism and conservation: conflict, coexistence or symbiosis", *Environmental Conservation*, núm. 3, pp. 27-31.

César Dachary, Alfredo y Stella Arnaiz Burne

1994 *Los problemas ambientales, un reto para el derecho internacional*, I Congreso de Estudios Jurídicos del Caribe, Puerto Rico.

Cohen, E.

1974 "Who is a tourist? A conceptual clarification", *Social Review*, núm. 22.

⁵ *El Financiero*, México, D. F., 7 de enero de 1994.

Corredor, Jorge

- 1992 "Inventario de los problemas ambientales marinos antropogénicos en la región del mar Caribe", en *Medio ambiente, seguridad y cooperación regional en el Caribe*, Caracas, Venezuela, Nueva Era.

De Kadt, E.

- 1979 *Tourism passport to development*, Nueva York, Oxford University Press.

Dower, M.

- 1974 "Tourism and conservation: working together", *Architects Journal*, núm. 159.

Foer, G. y S. Olsen (eds.)

- 1992 *Las costas de Centroamérica. Diagnóstico y agenda para la acción*, University of Rhode Island.

Goldsmith, E.

- 1974 "Pollution by tourism", *The Ecologist*, vol. 48, núm. 1, pp. 47-48.

Hedstrom, Ingerman

- 1989 *La situación ambiental en Centroamérica y el Caribe*, San José, Costa Rica, DEI.

Ibarra, M. y D. Oteros

- 1991 *Atlas ambiental costero de Puerto Morelos, Quintana Roo*, México, Ciqro/UNAM.

Informe de los servicios...

- 1992 *Informe de los servicios portuarios y marítimos de Quintana Roo*, Chetumal, Quintana Roo, Gobierno de Quintana Roo, mayo de 1992.

Liddle, M. J.

- 1975 "A selective review of the ecological effects of human trampling on natural ecosystems", *Biological Conservation*, núm. 7.

Mathieson, A. y G. Wall

- 1977 *Tourism: economic, physical and social impacts*, Inglaterra, Longman.

McElroy, J. y K. de Albuquerque

- 1991 "Tourism styles and policy responses in the open economy-closed environment context", en *Caribbean Economy and Ecology*, Barbados.

OMT-PNUMA

- 1983 *Workshop sobre aspectos de medio ambiente relacionados con el turismo*, Madrid, OMT.

Pearce, D.

- 1988 *Desarrollo turístico. Su planificación y ubicación geográfica*, México, Trillas.

Sejenovich, Héctor

- 1995 "Biodiversidad, valorización y actores sociales", Buenos Aires, Fundación Bariloche.

Tangi, M.

1977 "Tourism and the environment", *Ambio*, vol. 6, pp. 336-341.

Vadrot, C. M.

1978 *Cómo destruir el mar*, Barcelona, Gedisa.

Villamil, J.

1983 "Apuntes sobre el impacto del turismo: la experiencia del Caribe", en *Medio ambiente y turismo*, Clacso-CIFCA, Buenos Aires.

Wall & Wright

1977 *The environmental impact of outdoor recreation*, Inglaterra, Department of Geography (Publicación núm. 11), Waterloo University.

Waters, S.

1971 "The American tourism", *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, núm. 358.

Webe, Peter

1993 "Reavivar los arrecifes coralinos", en *La situación en el Mundo*, Madrid, Apóstrofe.

Woodland, D. J. y N. A. Hooper

1977 "The effect of human trampling on coral reef", *Biological Conservation*, núm. 11.